

fermas, se vieron obligadas á recorrer, en una hora intempestiva, las calles de México, buscando un rincón donde hospedarse, y algunas pasarían tal vez la noche entregadas al dolor y al llanto sin encontrar asilo. Bajo las sombras fué sorprendido el Seminario de San Camilo y fueron presos los catedráticos con excepcion de uno que no es eclesiástico: dos que estaban enfermos quedaron con una guardia que los custodiara. El Sr. Presbítero Vilaseca que tenia un establecimiento de niños fué llevado á la cárcel con uno de sus inocentes discípulos.

Estos hechos no necesitan comentarios: ellas manifiestan hasta donde llega el encono de los enemigos del Catolicismo y hasta donde conduce el fanatismo á ciertos hombres que no comprenden ni los principios de que son partidarios. ¿Qué se ha hecho la decantada libertad? ¿En dónde están las garantías individuales y la tolerancia? El hogar doméstico debe ser respetado de todos y nadie absolutamente tiene derecho de violarlo. ¿Por qué, pues, se arroja de esa manera de sus casas á unos sacerdotes que no se ocupan sino en hacer el bien y á unas señoras desvalidas? Si de este modo se sigue obrando no es difícil que mañana ó pasado se haga lo mismo con cualquiera familia, dando por resultado que en este país donde se proclama la libertad omnimoda, nadie podrá vivir tranquilo ni en su propia casa. Estos procedimientos solo serian propios de los emisarios del autócrata de Rusia; pero no de los que se precian de progresistas y liberales, y que con tanto ahinco han defendido la ley de tolerancia. Por otra parte creemos que aun los liberales sensatos y que no abrigan ese odio injusto á todos los que no están conformes con sus ideas, reprobarán con justicia ese hecho, y lo condenarán como un atentado contra las garantías individuales.

Artículos de la Constitucion violados en los hechos referidos antes.—Tit. I.—Seccion 1.ª artículo 3.º «La enseñanza es libre.» El mismo título y seccion, art. 9.º «A nadie se le puede coartar el derecho de asociarse ó de reunirse pacíficamente con cualquier objeto lícito.»

GUERRA DE CASTAS EN LOS ESTADOS-UNIDOS.—Aparece en la nacion vecina esta terrible calamidad social. «El Pájaro Verde» de 21 del corriente trae sobre ella noticias hasta el 10 del mismo. Habian tenido lugar conflictos revolucionarios en las parroquias de Grant y Santa Maria del Estado de Luisiana: los negros muy mal armados fueron víctimas del furor de los blancos: estos pusieron fuego á la casa donde como último refugio se defendieron los negros (¡hay incendiarios en el país modelo de civilizacion, quien lo creyera!!!) y parece que no habia urgencia ninguna para llegar á tal extremo, pues ademas de hallarse los negros mal armados, y tener los blancos evidentes ventajas, la casa incendiada no tenia por uno de sus lados ni ventanas ni troneras por donde los negros pudieran hacer fuego. Estos fueron muertos como perros; perecieron de 150 á 200; algunos cadáveres quedaron tan horrorosamente quemados que era imposible conocerlos. Treinta y cuatro prisioneros fueron ejecutados junto al río y arrojados sus cuerpos á la agua. ¡Bello razgos de civilizacion! Reina el terror y la desconfianza entre la gente de color del referido Estado y muchos buscan un asilo en los vosques y pantanos.

PRESBITERO, ATENÓGENES SILVA.

Sabado 7 de Junio de 1873.

## Resultados prácticos de la Tolerancia.—Doctrinas inmorales propagadas por los protestantes.

Siempre hemos estado convencidos de que la tolerancia religiosa es para México un mal de terribles consecuencias, de manera que si llegara á sistematarse por los hechos, seria preciso tener por consumada nuestra desdicha. Ya está decretada: ¿pero qué las leyes humanas son invariables? ¿Debemos acaso considerarlas como una especie de *hado* que le fijen á la humana sociedad un destino indeclinable? ¿Toda ley no debe ser una prescripcion de la razon, y una sancion de lo que conduce al bien comun? ¿No puede derogarla el mismo legislador que la establece? ¿Y no debemos esperar que tarde ó temprano se derogue una ley desacertada si patentizamos sus inconvenientes? Mostremos pues los que trae en la práctica la tolerancia hoy que aunque todavía en pequeño, ya empiezan á ser confirmados por los hechos sus malos resultados.

Si la tolerancia llegara á ser una realidad en toda la extension en que la conciben y desean sus apologistas, su resultado natural seria la ruina de la moral y por consiguiente los mas trascendentales trastornos de la sociedad. Esto lo hace ver el simple buen sentido. ¿Cuántos errores pueden introducirse en México á la sombra de la tolerancia? Su número es indefinido. Diez, veinte, cien, mil ó mas sectas heréticas, cuantas se quiera, tantas pueden ser introducidas aquí por los extranjeros y todas gozarán de garantías por la ley de tolerancia. ¿Y acaso los errores religiosos respetan la moral? ¿Acaso pueden quedar en la línea de simples especulaciones sin trascendencia ninguna á las costumbres y al orden de la sociedad? Nadie puede imaginárselo si atiende á dos cosas: 1.ª que la gran causa de los errores religiosos han sido casi siempre las pasiones: 2.ª que las buenas costumbres no pueden venir sino de las buenas máximas morales y que solo la verdad puede imponer á la conciencia una buena moral. La experiencia en este punto está perfectamente acorde con el raciocinio. ¿Cuántos errores inmorales, profundamente inmorales ha producido el protestantismo, errores que al fin obligarán á los gobiernos mas tolerantes á tomar medidas contra los que los profesan? Testigo de esto último es la nacion vecina de los Estados- Unidos: su gobierno tan ampliamente tolerante que abriga á mil sectas y en ellas tantas ridiculeces y tantos absurdos, se vió precisado á ser inconsecuente con sus principios cuando vió la escandalosa inmoralidad de los mormones, en quienes segun el principio de tolerancia que ha adoptado, debió haber reconocido los mismos derechos que en cualesquiera otros sectarios. Y entre nosotros apenas se presentan los protestantes y luego acestan sus tiros contra la moral propalando errores cuya tendencia es destruirla por completo.

El primer escrito de los protestantes fué caracterizado por su impudente inmoralidad. En él se propusieron inculcar en el pueblo que la fornicacion y la mentira no están prohibidas por la Ley Divina. Mas si Dios no prohi-

biera estos delitos, ni tuviéramos que temer por ellos ningun castigo del cielo, ni el cometerlos estorbara en nada nuestra eterna felicidad, ¿quien se abstendria de cometerlos? ¿Y podrán describirse todos los trastornos que causaria en la sociedad la libertad de delinquir en esas materias, que desde luego se propusieron introducir los protestantes en la vez primera que hablaron al pueblo de Guadalajara en un escrito público? El primero de esos delitos degrada y tiraniza á la mujer, haciéndola descender desde la dignidad de compañera del hombre hasta convertirse en objeto vil de sus pasiones, despues de lo cual la abandona sin amparo á su propia suerte, y la recarga con los gravosos cuidados de la educacion fisica y moral de la prole: deja á la niñez destituida del cuidado paterno y por consiguiente sin la autoridad mas respetable, sin la direccion mas acertada y sin el amparo mas seguro en su educacion fisica, moral y social: combate radicalmente la institucion de la familia, pues proporciona la satisfaccion de las pasiones dejando exento al hombre de los interesantes cargos que debia desempeñar como padre de familia. En una palabra, sistemado ese delito, el ser mas fuerte se entrega á sus pasiones sin gravamen, el ser débil es el pábulo de las pasiones del primero y reporta todos los gravámenes, y el niño queda abandonado únicamente á quien menos puede hacer en su favor. Los ulteriores resultados son el aborto, la exposicion de los niños y el infanticidio á qué ocurrirá por último la mujer estrechada por la miseria y por lo pesado de las cargas que no podrá soportar.

¿La mentira no prohibida por la Ley de Dios! ¿Cuántos males no traeria esta doctrina á la sociedad? Es cierto que en esa permision general de la mentira, habria una excepcion segun el escrito protestante á que nos referimos, y esta seria la de aquella mentira en que se envolviera un falso testimonio contra el prójimo. Pero esta excepcion hecha por una razon distinta, deja siempre subsistente la idea de que la mentira por razon de ella misma, no está prohibida por Dios, y por consiguiente que no es ni debe mirarse como odiosa ni el acostumarla debe perjudicar en nada al buen nombre de ninguna persona. ¿Y cuales son las consecuencias de esta doctrina? Desde luego se destierra del trato humano la sinceridad, la urbanidad queda reducida á frias exterioridades, la benevolencia es un fingimiento, se destruye por su base la hombría de bien, se falsea la amistad, las mas dulces relaciones que pueden mediar entre los hombres, se convierten en mentido doblez, y en todo se introducirán la desconfianza, las sospechas, los juicios desfavorables, pues siempre habria motivo de recelar desde luego que Dios no prohibiera mentir. Y no es difícil preveer lo que seguiria de esta relajacion de los vínculos sociales: sustituyéndose la sinceridad con el dolo y la grata confianza con un continuo recelo, las riñas, las enemistades, el odio concentrado con toda la cadena de males á que dan origen, serian de todo punto inevitables. ¿Qué dirán á esto los adictos á los protestantes, los que creen que debemos tenerlos á título de civilizacion y de progreso? Tan inmorales, tan funestas han sido las primeras palabras que oyó de estos sectarios el pueblo de Guadalajara. Sin embargo no han sido estos los únicos ataques que han dirigido á la moral en los pocos dias que hace que están desempeñando el cargo que se han propuesto de enseñarnos.

Han empezado tambien los protestantes á difundir los errores de la inutilidad de las obras buenas para salvarse, de la inasequibilidad de la virtud y de la fé justificante. Tres son los escritos en que los enseñan, á saber, dos hojas sueltas intituladas: «Que es creer en Cristo?» y «Una alma náufraga» y un pequeño cuaderno cuyo título es: «El católico cristiano.» En ellos pretenden hacer creer los protestantes que en estos errores presentan al cristiano el medio único de vivir pacífico y morir con tranquilidad: así en «El Católico cristiano» pintan un obispo católico, que á pesar de cumplir exactamente con todas sus obligaciones pastorales y de dedicarse á la práctica de muchas obras buenas, vivió desasosegado y al acercarse á la muerte se acrecentaron desmedidamente sus temores sin que hubieran podido calmarlo las doctrinas católicas sobre lo que debemos hacer para salvarnos; en cuyas circunstancias llega un cura protestante, que gracias á sus oraciones y á la lectura de la Biblia, habia encontrado el medio para verse libre de tan penosas angustias, y exhortándolo á no mirar á las obras del hombre que siempre están llenas de defectos, y á creer que Jesucristo lo salvará gratuitamente, lo tranquiliza al momento y logra que muera con una serenidad envidiable. Quieren además que el medio que han encontrado para salvarse sea el único realmente seguro y que esta máxima: «Obrar lo mejor que podamos y esperar de Cristo lo demás,» es un engañoso salvavidas, que cuando hay calma parece un buen apoyo, pero en la hora de la prueba nadie confía en él.» Son las palabras textuales de la hoja intitulada: «Una alma náufraga.» La única seguridad segun ellos se tiene «confiando completamente en la consumada obra de Cristo,» «entregándose sin reserva ni condicion á su misericordia y confiando solamente en El para la salvacion.» Así la hoja antes citada y la que se intitula: «¿Qué es creer en Cristo?» Expresiones engañosas, que aparentando esperanza cristiana, sugieren una confianza la mas necia y temeraria; porque en el lenguaje de los protestantes, hasta hoy desconocido de nuestro pueblo, «confiar en la obra consumada de Cristo,» quiere decir entender que de tal manera lo hizo todo Jesucristo, que no nos quedó que hacer ninguna otra cosa para salvarnos, sino únicamente confiar en que nos ha de salvar: «entregarse sin condicion á la misericordia del Salvador» significa en el lenguaje protestante que esta misericordia que nos salva no exige de nosotros la condicion de las buenas obras; en fin *confiar solamente en Jesucristo para la salvacion*, quiere decir en sentido protestante que no debemos tener en cuenta los buenas obras para salvarnos: esto importa el adverbio *solamente*. Inculcan por último que esperar el premio eterno por las obras buenas es querer el hombre salvarse á sí mismo, y que la salvacion la debemos esperar por gracia, con lo cual quieren dar á entender que no la tendremos porque la merezcamos con las buenas obras, sino porque Jesucristo ya la consumó para nosotros y nos la ha de dar sin mirar á nuestras obras. «No es hacer sino confiar en Jesus lo que se requiere para la salvacion.» Así lo dice la hoja intitulada, «¿Qué es creer en Cristo?»

¿Puede haber algo mas insensato? ¿Es posible que los protestantes que tanto insisten en que cualquiera puede comprender los pasages claros de la Biblia, no entiendan aquellos en que del modo mas terminante se nos presentan las buenas obras como condicion necesaria para salvarnos, en que

se dice que el premio eterno se da por las buenas obras y se enseña que practicándolas hemos de asegurar nuestra salvacion? Citaremos solo tres lugares de las Divinas Letras para comprobar cada una de estas tres cosas: Se refiere en San Mateo que «acercándose uno, le dice (al Salvador): Maestro bueno, ¿que bien haré para tener la vida eterna? El le dijo..... Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos» (cap. 19 vs. 16 y 17.) Aquí tenemos que la observancia de los mandamientos es condicion indispensable para obtener la vida eterna. En San Mateo cap. 25. vs. 31 y siguientes se describe el último juicio en el cual separados los buenos á la diestra y los malos á la siniestra del juez, dirá el Señor á los primeros: «Venid benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo; porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber» etc. Aquí consta que el cielo se da por premio de las obras buenas. El Apóstol San Pedro dice: «Por tanto, hermanos míos, sed muy solícitos para hacer cierta por las buenas obras vuestra vocacion y eleccion» (2 Ep. c. 1 v. 10.) Vemos aquí que hemos de procurar asegurar la salvacion por las buenas obras. ¿Qué podrán decir los protestantes?

Estos sectarios confunden aun las nociones mas claras de las cosas. Para ellos esperar salvarnos obrando bien es querernos salvar por nosotros mismos con mengua de la gracia del Salvador. Esto tendria lugar si las obras buenas nacieran de nuestro propio fondo sin necesidad de la gracia divina; ¿mas qué católico ignora que sin la gracia de Dios nada podemos hacer que nos conduzca á la salvacion y que toda gracia nos es dada por los méritos del Salvador? ¿En qué se disminuye pues el mérito ni la gracia del Redentor si él mismo es quien ha dispuesto salvarnos mediante las buenas obras que no podremos jamás practicar sino con su gracia, con la cual consentimos libremente siempre que movidos por ella obramos el bien?

Pero no era el objeto principal de este artículo la refutacion de estos absurdos de los protestantes, sino llamar la atencion sobre la inoralidad que entrañan y las funestas consecuencias que traerian á la sociedad si por desgracia llegaran á establecerse entre nosotros las sectas que los profesan como artículos de creencia religiosa. Decimos pues que estos errores quitan por una parte el estímulo para obrar el bien y por otra acaban con todo elemento de correccion y enmienda cuando se haya obrado el mal; lo cual sólo basta para trastornar del todo á la humana sociedad. Demostremos brevemente estos dos puntos.

Si las obras buenas no han de servir al hombre para asegurar su eterna dicha; si esta la debe esperar de Dios sin que considere que se le exige ninguna otra condicion sino la de creer que lo salva absolutamente; si obrando bien no merece, ni el cielo se ha de dar por las buenas obras, ¿cuáles serán los motivos que puedan sustituir la falta del poderosísimo estímulo de mirar en Dios al justo remunerador de la virtud? Medítese esto atentamente, y dígase de buena fé si el que llegara á aceptar esa necia confianza de los protestantes de salvarse absolutamente por la obra consumada de Cristo é independientemente de las buenas obras, se empeñaría en ser un buen esposo, un diligente padre de familia, un hijo obediente, un fiel amigo, ni

mucho menos en ser un insigne bienhechor de la humanidad desgraciada. No, no son estas las máximas que hubieran de formar á los Alcaldes, los Quirogas y Las Casas. Estos y otros tantos héroes esclarecidos de la caridad que presenta el Catolicismo como uno de sus grandes títulos de gloria, se negaron á sí mismos, aceptaron una vida de sacrificio continuo y penalidades sin número por hacer bien á los desdichados; pero sabian que para todos sus trabajos estaba preparada mas allá de esta vida miserable aquella *recompensa sobre manera grande* que les daria por sus obras buenas el Unico que sabe apreciar y premiar la virtud tantas veces desconocida, humillada y perseguida en el mundo. No hay que esperar heroismo, pero ni aun siquiera dedicacion á unas virtudes comunes y vulgares del que haciendo estúpida abstraccion del bien que puede y debe practicar, reduzca todo el trabajo de salvarse á creer que Dios lo ha de salvar sin condiciones. ¿Qué importa entónces al hombre hacer el bien ú omitirlo si en todo caso tiene asegurada su felicidad con solo creer que Dios se la concede? Póngase de una parte al hombre mas benéfico y de otra al mas desidioso ó inútil en el mundo, á San Vicente de Paul v. g. y á un aventurero; á uno y á otro dice el protestante: «Nada hay que esperar por las obras buenas: creed que sereis salvos y os salvareis.» «No es *hacer* sino confiar en Jesus lo que se requiere para vuestra salvacion.» ¿Puede haber algo mas eficaz para hacer que el hombre se entregue á la inercia y viva en el ocio? Pero no se detendrá aquí el mal. Es imposible que el corazon humano deje de adherirse á un objeto sea el que fuere: se le quitan los estímulos para las nobles acciones, declinará á proyectos viles y rastreros; no encuentra motivos para meditar en las cosas del espíritu y en el bien de la humanidad, se entregará con furor á la materia y al egoismo.

Pero podrá ocurrir al leer estas cosas que aunque los protestantes eliminan los motivos de interes y aun del nobilísimo interes de la eterna felicidad, subsistirán todavía otros estímulos capaces de mover al bien á una alma generosa. La virtud en sí misma está llena de encanto y de atractivo; la mas dulce satisfaccion que el hombre puede experimentar es la de haber hecho el bien, y sobre todo, ¿qué cosa mas grata para un corazon cristiano que honrar y dar gloria á su Dios aunque sepa que nada le ha de retribuir por lo que hace en su servicio? Mas aun cuando subsistieran estos motivos seria incalculable la rebaja de la moralidad quitado el estímulo del premio, y de un premio que no solo exige por condicion indispensable el obrar bien, sino que será tanto mas grande cuanto fuere mayor el bien que se practicare. Sin embargo, nada ha dejado el protestantismo: no se ha contentado con combatir toda esperanza de premio que pudiera concebirse por las obras buenas, sino que lleva sus exageraciones hasta pretender que en cuanto á las mismas obras, por mas que pudieran creerse buenas y meritorias, debemos estar plenamente desconfiados de que sean buenas y siempre debemos temer que sean pecados. Así lo dijo Lutero, quien aseguró que nadie *podia estar cierto de no cometer pecados mortales en las mejores obras á causa de ocultísimo vicio de la vanagloria y del amor propio* y así lo insinua tambien con bastante claridad el opúsculo de nuestros protestantes intitulado: «El católico cristiano.» Hé aqui las palabras que en la página 26 pone en la boca del fingido cura protestante que supo-

ne hablando con un obispo católico: «Cuanto mas procuraba vivir santamente, tanto mas sentia el peso del pecado en mi conciencia. Si hacia una accion que el mundo llamaba buena, yo sabia que era mala á los ojos de Dios, por que la vanidad y el orgullo siempre tenian parte en ella: si formaba algun propósito con el objeto de dar mayor honra y gloria á Dios, en el momento mismo de hacerlo, me encontraba con algun motivo egoista que influia en mí corrompiendo de este modo la fuente oculta de mis acciones.» Hé aquí lo mismo que decia Lutero. Aseguramos que los protestantes con esta doctrina acaban con todos los motivos de obrar bien y dejan al hombre en absoluta desconfianza de haberlo obrado. En efecto: ¿qué satisfaccion podrá experimentar el que cuanto mas procure vivir santamente tanto mas siente el peso del pecado? ¿Cómo podrá ser atraido por la belleza de la virtud el que siempre desespera de alcanzarla? ¿Cómo será movido por el gusto de agradar á Dios el que en el mismo momento de querer darle mayor honra y gloria, se encuentra cautivo por el egoismo y ve corrompida la fuente oculta de sus acciones? Esta es la pintura que nos hacen del alma los protestantes: esta es segun ellos su condicion indeclinable. Colocan pues, la consecucion de la virtud en la esfera de las cosas imposibles: el hombre debe desesperar de llegar á ser virtuoso, y de tal manera debe desesperar, que si su salvacion dependiera de la virtud, debiera desesperar de salvarse. No lo decimos nosotros, lo dicen los protestantes en el cuaderno de que venimos hablando. En él despues de haber hecho la tristísima pintura del hombre que haciendo hasta los últimos esfuerzos por ser bueno, es siempre reo de condenacion, hacen hablar de este modo al cura protestante: «Llegué hasta abominarme á mí mismo; tenia horror á la vida, y lo que mas aumentaba mis temores, era que al leer la Biblia me encontraba con textos como los siguientes: *La paga del pecado es muerte* etc. ¿Y qué se hace para que una desesperacion no conduzca á otra, es decir, para que el que debe desesperar de ser virtuoso no desespere tambien de salvarse? Aquí tiene lugar el ingenioso descubrimiento de creer que Dios nos salvará sin condiciones y solo por la obra consumada de Cristo. ¡Envidiable civilizacion! ¿Qué adelanto para nuestra patria admitir en su seno las sectas protestantes que enseñan tamaños absurdos! ¿Qué bien podemos esperar de los que sientan por principio que el hombre tiene que desesperar de ser bueno y que despues que haya hecho los mayores esfuerzos por alcanzarlo hallará siempre en sí la maldad como una necesidad fatal? No se cuidan los protestantes de buscar como se conseguirá el bien vivir, lo único que los preocupa es el *beate vivere*; y por esto sientan que á pesar de que nunca llegaremos á ser buenos, á pesar de que siempre tendremos la maldad en nosotros, ciertamente seremos salvos creyendo que Dios nos salvará gratuitamente; que no necesitamos *hacer*, sino *confiar*. ¿Quién tiene pues ya que afanarse por esa quimera que se ha llamado virtud y que ni presenta utilidad ninguna, ni es posible alcanzarla jamás?

Veamos por último como el error de la fé justificante viene á acabar con todos los elementos de correccion para los malvados. El hombre puede obrar el mal; pero tambien puede cambiarse de malo en bueno: que se realice esa mudanza aun en los mas perversos y que ella sea sincera y verdadera-

ra, es el grande interés de las sociedades. Las doctrinas católicas en este punto son eminentemente morales. Enseñan que Dios perdona todo pecado, que la potestad de perdonarlos concedida á la Iglesia, no tiene tampoco excepciones y que el mayor criminal, si él lo quiere, puede ser restablecido en los bienes y derechos que perdió por su maldad; pero se le exige un arrepentimiento sincero y una firme resolucion de vivir en lo de adelante con arreglo á las divinas leyes y de reparar los daños que haya causado ya en la moralidad pública ó privada por los escándalos, ya en el buen nombre del prójimo por la detraction, ya en la hacienda ajena por la rapiña, el hurto, la usura, el engaño en los contratos &c. Sin estas condiciones nada lograria aunque se acercara al sacramento; antes por el contrario, recargaria mas su conciencia recibiendo indignamente el mismo sacramento. ¿Y quién podrá contar el número de los malvados que siguiendo esta enseñanza católica se han convertido en cristianos ejemplares y en ciudadanos útiles y honrados?

Pero oigamos hablar á los partidarios de la fé justificante: Nada dicen de arrepentimiento, nada de propósitos; basta creer para ser perdonado. ¿Pero qué es lo que se ha de creer? ¿Acaso las verdades reveladas? No es esta la creencia que nos ha de dar el perdón: creer que Dios perdona determinadamente al que lo está creyendo y creerlo absolutamente y sin vacilar esto es lo que hará que en el momento quedemos perdonados. Hé aquí el método con que segun el opúsculo protestante intitulado «El Católico Cristiano» se ha de inducir á los pecadores á obtener el perdón y salvarse. Cuando vean, dice, que «están atestados de toda iniquidad»..... «cuando esos desgraciados hayan profundizado su miseria espiritual, abrámosles los tesoros de la salvacion; enseñémosles que hay una víctima expiatoria que murió por ellos, que Cristo cargó con nuestros pecados, que su sangre se derramó por la remision de los pecados de muchos; asegúre-mosles que Dios les confiere un cielo que no han merecido.» Aquí tenemos á lo que se reducen las conversiones á lo protestante: Yo soy un malvado; Cristo murió por mis pecados; Dios me da el cielo que no merezco. No se exige de parte del hombre ninguna otra condicion: el arrepentimiento y la resolucion de enmendar la vida ni siquiera se mencionan; y mal pudiera exigirse algun esfuerzo para arrojar el pecado, cuando estan enseñando los protestantes que siempre lo hallariamos en nosotros por mas que nos empeñáramos en vivir bien. El pecador pues, en nada habrá mudado de voluntad, su corazon será siempre esclavo de las pasiones, y lo único que resultará del modo de justificarse que le enseñan los protestantes, será que arroje de sí el saludable temor de la divina justicia que pudiera contenerlo y excitarlo á mudar de vida, con lo cual ciertamente queda *convertido*, pero convertido en PEOR. ¡Desdichado el pueblo en que tengan lugar esas conversiones protestantes! Estos sectarios no hacen otra cosa sino inventar medios para que el hombre se persuada que puede ser feliz sin cuidar de ser bueno, y que escapará de la desdicha sin que necesite dejar de ser malo. ¡Bella moral, bello progreso, bella civilizacion!

Hemos llamado la atencion sobre los hechos que ya están pasando entre nosotros y que no son sino el preludio de males funestísimos en que quedará envuelta nuestra patria. Estos son los *civilizadores* sectarios que lla-